

Rosarium Virginis Mariae (16 oct. 2002)

Clero / Eucaristía y Liturgia

Por: S.S. Juan Pablo II, 16 octubre del año 2002 |

INTRODUCCI?

1. El Rosario de la Virgen Mar? difundido gradualmente en el segundo Milenio bajo el soplo del Esp?tu de Dios, es una oraci?preciada por numerosos Santos y fomentada por el Magisterio. En su sencillez y profundidad, sigue siendo tambi?en este tercer Milenio apenas iniciado una oraci?e gran significado, destinada a producir frutos de santidad. Se encuadra bien en el camino espiritual de un cristianismo que, despu?de dos mil a? no ha perdido nada de la novedad de los or?nes, y se siente empujado por el Esp?tu de Dios a remar mar adentro (duc in altum!), para anunciar, m?a?proclamar a Cristo al mundo como Se?y Salvador, el Camino, la Verdad y la Vida (Jn14, 6), el fin de la historia humana, el punto en el que convergen los deseos de la historia y de la civilizaci?1

El Rosario, en efecto, aunque se distingue por su car?er mariano, es una oraci?entrada en la cristolog?. En la sobriedad de sus partes, concentra en s?a profundidad de todo el mensaje evang?co, del cual es como un compendio.2 En ?resuena la oraci?e Mar? su perenne Magnificat por la obra de la Encarnaci?edentora en su seno virginal. Con ? el pueblo cristiano aprende de Mar?a contemplar la belleza del rostro de Cristo y a experimentar la profundidad de su amor. Mediante el Rosario, el creyente obtiene abundantes gracias, como reci?olas de las mismas manos de la Madre del Redentor.

Los Romanos Pont?ces y el Rosario

2. A esta oraci?e han atribuido gran importancia muchos de mis Predecesores. Un m?to particular a este respecto corresponde a Le?III que, el 1 de septiembre de 1883, promulg? Enc?ica Supremi apostolatus officio,3 importante declaraci?on la cual inaugur?ras muchas intervenciones sobre esta oraci?indica?ola como instrumento espiritual eficaz ante los males de la sociedad. Entre los Papas m?recientes que, en la ?ca conciliar, se han distinguido por la promoci?el Rosario, deseo recordar al Beato Juan XXIII4 y, sobre todo, a PabloVI, que en la Exhortaci?post?a Marialis cultus, en consonancia con la inspiraci?el Concilio Vaticano II, subray? car?er evang?co del Rosario y su orientaci?ristol?a.

Yo mismo, despu? no he dejado pasar ocasi?e exhortar a rezar con frecuencia el Rosario. Esta oraci?a tenido un puesto importante en mi vida espiritual desde mis a?jes. Me lo ha recordado mucho mi reciente viaje a Polonia, especialmente la visita al Santuario de Kalwaria. El Rosario me ha acompa? en los momentos de alegr?y en los de tribulaci?A ?he confiado tantas preocupaciones y en ?siempre he encontrado consuelo. Hace veinticuatro a? el 29 de octubre de 1978, dos semanas despu?de la elecci? la Sede de Pedro, como abriendo mi alma, me expres?s?El Rosario es mi oraci?redilecta. Plegaria maravillosa! Maravillosa en su sencillez y en su profundidad. [...] Se puede decir que el Rosario es, en cierto modo, un comentario-oraci?obre el cap?lo final de la Constituci?umen gentium del Vaticano II, cap?lo que trata de la presencia admirable de la Madre de Dios en el misterio de Cristo y de la Iglesia. En efecto, con el trasfondo de las Avemar? pasan ante los ojos del alma los episodios principales de la vida de Jesucristo. El Rosario en su conjunto consta de misterios gozosos, dolorosos y gloriosos, y nos ponen en comuni?ital con Jes? trav?podr?os decir del Coraz?e su Madre. Al mismo tiempo nuestro coraz?uede incluir en estas decenas del Rosario todos los hechos que entran la vida del individuo, la familia, la naci?la Iglesia y la humanidad. Experiencias personales o del pr?o, sobre todo de las personas m?cercanas o que llevamos m?en el coraz?De este modo la sencilla plegaria del Rosario sintoniza con el ritmo de la vida humana .5

Con estas palabras, mis queridos Hermanos y Hermanas, introduc?mi primer a?e Pontificado en el ritmo cotidiano del Rosario. Hoy, al inicio del vig?mo quinto a?e servicio como Sucesor de Pedro, quiero hacer lo mismo. Cu?as gracias he recibido de la Sant?ma Virgen a trav?del Rosario en estos a? Magnificat anima mea Dominum! Deseo elevar mi agradecimiento al Se?con las palabras de su Madre Sant?ma, bajo cuya protecci?e puesto mi ministerio petrino: Totus tuus!

Octubre 2002 - Octubre 2003: A?el Rosario

3. Por eso, de acuerdo con las consideraciones hechas en la Carta apost?a Novo millennio ineunte, en la que, despu?de la experiencia jubilar, he invitado al Pueblo de Dios a caminar desde Cristo ,6 he sentido la necesidad de desarrollar una reflexi?obre el Rosario, en cierto modo como coronaci?ariana de dicha Carta apost?a, para exhortar a la contemplaci?el rostro de Cristo en compa?y a ejemplo de su Sant?ma Madre. Recitar el Rosario, en efecto, es en realidad contemplar con Mar?el rostro de Cristo. Para dar mayor realce a esta invitaci?con ocasi?el pr?o ciento veinte aniversario de la mencionada Enc?ica de Le?III, deseo que a lo largo del a?e proponga y valore de manera particular esta oraci?n las diversas comunidades cristianas. Proclamo, por tanto, el a?ue va de este octubre a octubre de 2003 A?el Rosario.

Dejo esta indicaci?astoral a la iniciativa de cada comunidad eclesial. Con ella no quiero obstaculizar, sino m?bien integrar y consolidar los planes pastorales de las Iglesias particulares. Conf?que sea acogida con prontitud y generosidad. El Rosario, comprendido en su pleno significado, conduce al coraz?ismo del vida cristiana y ofrece una oportunidad ordinaria y fecunda espiritual y pedag?a, para la contemplaci?ersonal, la formaci?el Pueblo de Dios y la nueva evangelizaci?Me es grato reiterarlo recordando con gozo tambi?otro aniversario: los 40 a?del comienzo del Concilio Ecum?co Vaticano II (11 de octubre de 1962), el gran don de gracia dispensada por el esp?tu de Dios a la Iglesia de nuestro tiempo.7

Objeciones al Rosario

4. La oportunidad de esta iniciativa se basa en diversas consideraciones. La primera se refiere a la urgencia de afrontar una cierta crisis de esta oraci?ue, en el actual contexto hist?o y teol?o, corre el riesgo de ser infravalorada injustamente y, por tanto, poco propuesta a las nuevas generaciones. Hay quien piensa que la centralidad de la Liturgia, acertadamente subrayada por el Concilio Ecum?co Vaticano II, tenga necesariamente como consecuencia una disminuci?e la importancia del Rosario. En realidad, como puntualiz?blo VI,

esta oraci3n no se opone a la Liturgia, sino que le da soporte, ya que la introduce y la recuerda, ayudando a vivirla con plena participaci3n, recogiendo as3 sus frutos en la vida cotidiana.

Quiz3 hay tambi3n quien teme que pueda resultar poco ecum3nica por su car3cter marcadamente mariano. En realidad, se coloca en el m3sido horizonte del culto a la Madre de Dios, tal como el Concilio ha establecido: un culto orientado al centro cristol3gico de la fe cristiana, de modo que mientras es honrada la Madre, el Hijo sea debidamente conocido, amado, glorificado.⁸ Comprendido adecuadamente, el Rosario es una ayuda, no un obst3culo para el ecumenismo.

V3 de contemplaci3n >

5. Pero el motivo m3s importante para volver a proponer con determinaci3n pr3ctica del Rosario es por ser un medio sumamente v3ido para favorecer en los fieles la exigencia de contemplaci3n del misterio cristiano, que he propuesto en la Carta Apost3lica *Novo millennio ineunte* como verdadera y propia pedagog3a de la santidad: es necesario un cristianismo que se distinga ante todo en el arte de la oraci3n.⁹ Mientras en la cultura contempor3nea, incluso entre tantas contradicciones, aflora una nueva exigencia de espiritualidad, impulsada tambi3n por influjo de otras religiones, es m3s urgente que nunca que nuestras comunidades cristianas se conviertan en aut3cticas escuelas de oraci3n.¹⁰

El Rosario forma parte de la mejor y m3s reconocida tradici3n de la contemplaci3n cristiana. Iniciado en Occidente, es una oraci3n c3municamente meditativa y se corresponde de alg3 modo con la oraci3n del coraz3n u oraci3n de Jes3 surgida sobre el humus del Oriente cristiano.

Oraci3n por la paz y por la familia

6. Algunas circunstancias hist3ricas ayudan a dar un nuevo impulso a la propagaci3n del Rosario. Ante todo, la urgencia de implorar de Dios el don de la paz. El Rosario ha sido propuesto muchas veces por mis Predecesores y por m3s mismo como oraci3n por la paz. Al inicio de un milenio que se ha abierto con las horribles escenas del atentado del 11 de septiembre de 2001 y que ve cada d3a en muchas partes del mundo nuevos episodios de sangre y violencia, promover el Rosario significa sumirse en la contemplaci3n del misterio de Aqu3 que es nuestra paz: el que de los dos pueblos hizo uno, derribando el muro que los separaba, la enemistad (Ef 2, 14). No se puede, pues, recitar el Rosario sin sentirse implicados en un compromiso concreto de servir a la paz, con una particular atenci3n a la tierra de Jes3 a3 hora tan atormentada y tan querida por el coraz3n cristiano.

Otro 3mbito crucial de nuestro tiempo, que requiere una urgente atenci3n oraci3n es el de la familia, c3ula de la sociedad, amenazada cada vez m3s por fuerzas disgregadoras, tanto de 3rde ideol3gica como pr3ctica, que hacen temer por el futuro de esta fundamental e irrenunciable instituci3n, con ella, por el destino de toda la sociedad. En el marco de una pastoral familiar m3s amplia, fomentar el Rosario en las familias cristianas es una ayuda eficaz para contrastar los efectos desoladores de esta crisis actual.

Ah3 3ienes a tu madre! (Jn 19, 27)

7. Numerosos signos muestran c3ula Sant3ma Virgen ejerce tambi3n hoy, precisamente a trav3 de esta oraci3n aquella solicitud materna para con todos los hijos de la Iglesia que el Redentor, poco antes de morir, le confi3 a la persona del disc3pulo predilecto: Mujer, ah3 3ienes a tu hijo! (Jn 19, 26). Son conocidas las distintas circunstancias en las que la Madre de Cristo, entre el siglo XIX y XX, ha hecho de alg3 modo notar su presencia y su voz para exhortar al Pueblo de Dios a recurrir a esta forma de oraci3n contemplativa. Deseo en particular recordar, por la incisiva influencia que conservan en el vida de los cristianos y por el acreditado reconocimiento recibido de la Iglesia, las apariciones de Lourdes y F3ma,¹¹ cuyos Santuarios son meta de numerosos peregrinos, en busca de consuelo y de esperanza.

Tras las huellas de los testigos

8. Ser3 imposible citar la multitud innumerable de Santos que han encontrado en el Rosario un aut3ctico camino de santificaci3n. Bastar3n recordar a san Luis Mar3 Grignon de Montfort, autor de una preciosa obra sobre el Rosario¹² y, m3s cercano a nosotros, al Padre P3 de Pietrelcina, que recientemente he tenido la alegr3a de canonizar. Un especial carisma como verdadero ap3stol del Rosario tuvo tambi3n el Beato Bartolom3o. Su camino de santidad se apoya sobre una inspiraci3n entida en lo m3s hondo de su coraz3n. Quien propaga el Rosario se salva!¹³ Bas3ose en ello, se sinti3 amado a construir en Pompeya un templo dedicado a la Virgen del Santo Rosario colindante con los restos de la antigua ciudad, apenas influenciada por el anuncio cristiano antes de quedar cubierta por la erupci3n del Vesuvio en el a3o 79 y rescatada de sus cenizas siglos despu3 como testimonio de las luces y las sombras de la civilizaci3n.¹⁴

Con toda su obra y, en particular, a trav3 de los Quince S3dos, Bartolom3o desarroll3 meollo cristol3gico y contemplativo del Rosario, que ha contado con un particular aliento y apoyo en Le3 III, el Papa del Rosario.

CAP3ULO I

Contemplar a Cristo con Mar3

CAP3ULO II

Misterios de Cristo, misterios de la Madre

CAP3ULO III

Para m3s vida es Cristo

CONCLUSI3N

Rosarium Virginis Mariae en otros idiomas

Alem3n >

Franc3s >

Ingl3s >

Italiano

Lat3n >

Polaco
Portugu?/a>